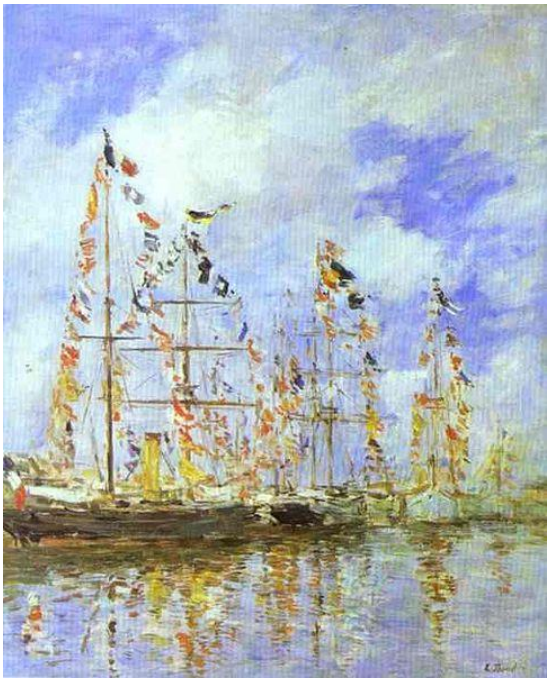
En la estacada: desempleados orillados por la crisis



[*La* Investigative Fund *del Nation Institute proporcionó apoyo para la investigación de esta historia*.]

En algún momento de comienzos de junio –no es capaz de recordar exactamente el día– Rick Rembold entró en la historia. No es sorprendente que no se acuerde del día: ¿quién quiere que su nombre quede grabado en los anales de la historia como alguien que carecía de trabajo?

Aquel día de junio era, para Rembold, el que marcaba seis meses desde que cobró la última nómina, a partir del cual su nombre se unió a la velozmente creciente lista de trabajadores americanos condenados al "desempleo de larga duración" por el Departamento de Trabajo. En la peor crisis laboral en generaciones, las filas de los Rembolds, orillados, en los márgenes, ha explotado en un 400%: de 1'3 millones en diciembre de 2007 –cuando comenzó la recesión– hasta los 6'8 millones este mes de junio. El extraordinario crecimiento de esta subclase de parados es el presagio de una agonía prolongada para la economía estadounidense.

Este verano me decidí a investigar por qué el desempleo de larga duración ha alcanzado niveles históricos. Fue entonces cuando di con Rembold. Un residente de 56 años de edad de Mishawaka, Indiana, que reunía la desagradable mezcla de frustración, rabia y desamparo expresada por muchos otros desempleados con los que hablé. «Una noche me desperté de repente, con una indigestión ácida, preocupándome por cómo iba a sobrevivir», dijo en un breve apunte biográfico registrado por el National Employment Law Project, que es donde lo encontré. Lo llamé y hablamos de su carrera en declive, de su infancia, de su familia. Pronto me di

cuenta de que unas cuantas llamadas telefónicas no eran suficientes. A comienzos de agosto salté a bordo de un avión camino de Indiana del norte.

En la jerga del oficio, mi *timing* no podría haber sido mejor. Llegué hacia la hora de comer y me encontraba conduciendo hacia el centro de South Bend, un anodino grupo de edificios rebosante de paredes de hormigón y ladrillo de caravista, cuando sonó mi teléfono móvil. La voz entrecortada de Rembold sonaba al otro lado de la línea: «siento no haberte podido recoger antes, tío, pero justo me ha llamado un amigo y me ha dado el soplo de un lugar cerca del aeropuerto. Estoy en la moto y voy para allí ahora mismo.» Le propuse reunirnos allí mismo, di una giro de ciento ochenta grados y me dirigí en dirección norte.

Veinte minutos después llegué al aparcamiento de un modesto fabricante de componentes de aviación, reconvertido en un pequeño parque de automóviles. Camiones Ford y Chevy abarrotaban el recinto. Pronto apareció Rembold sobre su rugiente motocicleta Suzuki 99. Un tipo fornido, de cuello grueso, que peina canas y luce un bronceado fruto de los largos paseos en motocicleta con su novia Terri. «Ni siquiera publicitan este trabajo», me dijo después de un cálido apretón de manos. No lo hacen, a menos que cuentes con el letrero que pasa desapercibido en el frontal, un verdadero oasis para un desempleado en medio del desierto: BUSCAMOS INSPECTOR DE MESAS DE TRABAJO.

Empuñando su portafolio de cuero negro, Rembold tomó un formulario de doble cara de las manos de una mujer que nos saludó en el interior, en una pequeña recepción. Lo rellenó en cuestión de minutos: números de teléfono, nombres, fechas y direcciones que se sabía ya de memoria; lo entregó a la secretaria y, en un tono firme pero educado, preguntó si podía hablar con alguien de la dirección. Mientras esperábamos, señaló con el dedo las viejas fábricas Studebaker en un dibujo en blanco y negro del siglo XIX que colgaba de la pared, y me habló de la historia de la industria en el que fue en una ocasión un próspero lugar del Medio oeste.

Un manager aparece finalmente con el formulario de Rembold en la mano. Rembold se apresura a explicar los tres trabajos que ha escrito en la sección “trabajos anteriores”: trabajos varios en una maderera, una tienda de motocicletas y prestamista de cobros local. No son, asegura, ningún indicativo de sus habilidades, no son *lo que él es.* «Usted verá», se apresura a añadir, él ha estado en la fábrica prácticamente toda su vida, es un buen trabajador, esforzado y leal, se ha labrado su trabajo desde el pie del torno hasta el puesto de vendedor y de ahí a la dirección. Ese tipo de experiencia no cabe en tres casillas de un formulario de un folio. Poco impresionado, el directivo le agradece convencionalmente su aplicación.

Si la compañía está interesada, asegura –y a mí me suena como un beso de despedida– se pondrán en contacto con él, y antes de que nos demos cuenta, estamos nuevamente fuera, bajo el sofocante calor del verano de Indiana. Rembold mete su portafolio en una de las bolsas de su Suzuki. «Bueno, eso es bastante habitual», dice con un tono bastante natural. «Al menos he conseguido hablar con alguien. Hoy en día ya tienes suerte si logras eso.»

La tormenta perfecta arrasa el mundo del trabajo estadounidense

Las cifras son en gran parte la historia. Los 6'76 millones de estadounidenses –o el 46% de toda la fuerza de trabajo sin empleo– que aparecieron como desempleados de larga duración en junio constituían la cifra más alta desde 1948, cuando comenzó el registro, y más del doble de la cifra récord de 3 millones en la recesión de comienzos de los ochenta. (Las cifras han bajado muy ligeramente desde entonces, hasta un total

de 6'2 millones de desempleados de larga duración en agosto.) Se trata de quienes, a pesar de docenas de rechazos, de dejar mensajes de teléfono, enviar correos electrónicos, pelearse con cartas de motivación y quemarse las pestañas escribiendo currículos hechos con plantilla en Microsoft Word: todo por encontrar un trabajo.

En esta estadística no aparecen los llamados "trabajadores desanimados", incluyendo una gran cantidad de antiguos trabajadores en búsqueda de empleo que han permanecido en los márgenes del desempleo durante seis meses o más. En agosto del año en curso 1'1 millones de americanos dejaron simplemente de buscar trabajo y con ello cayeron oficialmente de las estadísticas de la fuerza de trabajo. Se trata básicamente de gente a la que se considera que no vale la pena tener en cuenta cuando la cuestión del paro salta a la palestra. Sin embargo, la cifra de 1'1 millones representa un incremento de 352.000 personas desde 2009. De hecho, la cifra de desempleo de larga duración puede que esté cerca actualmente de los 7'5 millones de estadounidenses.

¿Y quienes son estos infelices sin suerte? Desempleo de larga duración, búsqueda constante de empleo, aquí no hay discriminación que valga: ninguna edad, raza, etnia o nivel educativo ha salido inmune. De acuerdo con los datos federales, eso sí, la peor parte se la llevan los trabajadores de más edad –trabajadores de media edad y cerca de la edad de jubilación, tipos como Rick Rembold, que pueden ver ya su jubilación en el horizonte, pero que habrán de cargar sobre sus espaldas una década o más de trabajo. Teniendo en cuenta las crecientes denuncias de discriminación por edad en esta recesión, que haya norteamericanos de una cierta edad padeciendo recaídas constantes en el desempleo puede que no sea algo tan sorprendente. Aparentemente funciona *contra* cualquiera que sea un poco más viejo en el grupo. Cerca de la mitad de los desempleados de larga duración que tienen 45 años o más han pasado por el instituto, poseen una licenciatura o incluso títulos superiores. Quienes no cuentan con ninguna educación suman en cambio solamente el 15% de esta categoría. En otras palabras: si eres mayor y cuentas con una buena educación, tus perspectivas de encontrar un trabajo son realmente oscuras.

En cuanto a las causas del desempleo de larga duración, hay una respuesta obvia: sencillamente no hay los suficientes trabajos. Antes de la Gran Recesión para cada puesto de trabajo había 1'5 trabajadores en los EE.UU.; hoy la ratio es de 4'8 por cada puesto de trabajo. Dicho de otro modo, con el crecimiento normal en vez de una recesión hoy tendríamos 10 millones más de trabajos de los que actualmente tenemos. Cerrar la brecha requeriría crear 300.000 empleos cada mes durante los próximos cinco años. En agosto de 2010, la economía destruyó 54.000 empleos. Echad el cálculo.

Peor todavía: si te imaginas a cinco trabajadores formando una cola de a uno para un único puesto de trabajo, cuanto más tiempo estás sin empleo más lejos te encuentras de los primeros puestos. Los economistas han descubierto que el desempleo de larga duración oscurece las perspectivas de trabajo cada día que pasa. «Este patrón sugiere que los desempleados de larga duración serán el último grupo en beneficiarse de una recuperación económica», explicó al Congreso el pasado junio Michael Reid, un economista de la Universidad de Berkeley, California.

Pero cuando se considera la difícil situación de los desempleados de larga duración, no hay que pensar únicamente en el trabajo. La chispa de la recesión de 2008 fue una crisis de la vivienda, gracias al crecimiento del préstamo de hipotecas basura (*subprime*), la política gubernamental y la codicia. Como resultado de ello, 11 millones de endeudados –o cerca del 23% de los propietarios de una vivienda con hipoteca– se encuentran actualmente «por debajo de la línea de flotación», esto es, deben más

dinero de sus hipotecas del valor real de sus casas. Los valores negativos a estos niveles crean lo que el economista de Harvard Lawrence Katz denomina "un efecto de bloqueo geográfico", sofocando la recuperación de empleo. Tradicionalmente los trabajadores estadounidenses han sido una grupo inquieto y dispuesto a viajar, deseando saltar de una ciudad a otra en búsqueda de nuevas oportunidades laborales, pero no lo harán cuando son propietarios de una vivienda en la que han de quedarse para evitar tener que vender sus casas a un precio muy inferior por el que las compraron: un suicidio financiero.

Otro factor en el crecimiento astronómico del desempleo de larga duración descansa en el descenso de los despidos temporales. En las recesiones de 1975, 1980 y 1982, el 20% de los trabajadores sin empleo había sido despedido temporalmente; en agosto de este año la cifra sólo alcanzaba el 10%. En su apogeo, los fabricantes de automóviles y de acero despidieron a los trabajadores cuando la demanda comenzó a bajar, pero protegidos por poderosos sindicatos, estos mismos trabajadores fueron regularmente llamados nuevamente a filas cuando la demanda y la producción se aceleró de nuevo. Eso se acabó por algún tiempo. Ahora, si eres un desempleado de larga duración, sin duda estás intentando encontrar un trabajo completamente diferente en un sector que no tiene nada que ver con el tuyo, un proceso mucho más desalentador. Mézclese todo y ahí tendrán ustedes a Rick Rembold.

"El banquete de los limosneros" en la tierra de las autocaravanas

Rembold se llama a sí mismo demócrata. «Pero no de los que hacen el signo de la paz y tocan los bongos», se apresura a añadir, «sino de los del tipo te-arranco-la-cabeza-y-me-cago-en-ella.» No puede aguantar a [el periodista conservador de la Fox] Glenn Beck o las tertulias de el aquí muy popular [periodista neocon Rush] Limbaugh, y con una desconfianza similar mira a [la presentadora liberal] Rachel Maddow en la MSNBC y "Sons of Anarchy" en FX, una oscura y violenta serie sobre las bandas de motoristas fuera de la ley.

Era viernes por la mañana y estábamos en la cocina de Rembold, bebiendo café y hablando de política. Él llevaba pantalones vaqueros y un polo negro, y adaptaba el ritmo de la conversación a medida que hablaba. Las ideas y frustraciones surtieron de él como el agua al abrir un grifo. El hombre tenía mucho en su cabeza. La noche anterior le pedí que me enseñara la zona, especialmente el motor económico que la sostenía: la industria de la autocarava. Cuando terminamos el café, subimos a mi coche y nos pusimos en marcha.

Ciudades como Elkhart y Middlebury y Mishawaka y Wakarusa son la cuna de la industria de la autocaravana. Aquí tenían sus sedes centrales fabricantes como Jayco y Forest River. En su cumbre, Indiana producía como salchichas las tres cuartas partes de todas las autocaravanas que circulaban por la carretera: casas a motor sobre cinco ruedas, remolques, trailers de viaje y transportes. Producirlas era un trabajo agotador, pero se podía avanzar hacia el estilo de vida de clase media por lo que pagaban. «Trabajar en la industria de la autocaravana era trabajar hasta el agotamiento», me dijo Rembold. «La gente podía literalmente correr de un sitio a otro con las herramientas en las manos.»

Luego vino el "pánico de 2008", como un vendedor de autocaravanas al que entreviste lo llamó. Bancos tambaleantes estrangularon el préstamo de los consumidores mientras los mercados se congelaban. La industria se desplomó. En 2009, las ventas de cinco ruedas, un pequeño remolque que se podía unir a un vehículo deportivo utilitario, se desplomó en un 30%, los remolques para viajes en un 23'5% y para camping en un 28%. Fabricantes como Jayco, Monaco Coach y otros despidieron

colectivamente a miles de personas y el desempleo de la región se disparó más del 10% aquel año. Cuando el recién llegado Barack Obama llegó a Elkhart en febrero de 2009 para promocionar su plan de estímulo, la tasa de desempleo era del 15'3%; un mes después llegaba al 18'9%, más del doble de la tasa nacional. En un momento dado, el condado de Elkhart, con una población de 200.000 personas, destruía 95 puestos de trabajo a diario.

En los noventa y durante los primeros años del siglo XXI, los fabricantes de autocaravanas no podían dar cabida a trabajadores. Ponían anuncios en periódicos regionales y nacionales buscando nuevos cuerpos. «Ni siquiera podíamos conseguir que la gente cruzase South Bend para que trabajase en Elkhart», me explicó un representante de ventas de Jayco.

En el momento en que llegué, sin embargo, la industria había abandonado sus años orgiásticos para caer en la hambruna rápidamente, y estaba mostrando los primeros signos de recuperación muy lentamente. Conduciendo a través de Middlebury, una ciudad de 3.200 habitantes al este de Elkhart, vi unos cuantos camiones cargando coches saliendo o entrando en las plantas, algunos aparcamientos de empleados llenos y filas de flamantes nuevas autocaravanas salpicando el paisaje verde como rebaños de vacas cuadradas.

Si la industria se recuperará del todo es algo que queda no obstante por aclarar. Los fabricantes con los que hablé eran optimistas sobre las ventas futuras. «A pesar de la lógica de lo que está sucediendo en la economía, los compradores están todavía ahí», me dijo Jerimiah Borkowski, un representante de Thor Motor Coach. Pero un análisis de 2009 del Business Research Center de la Universidad de Indiana predijo que en el 2013 las ventas anuales de autocaravanas no habrán retornado todavía a su pico de 2006. «Personalmente, no creo que nunca recuperemos los niveles de ventas anteriores a 2008», dijo Bill Dawson, vicepresidente y manager general de Clean Seal Inc., un proveedor de componentes de la industria de la autocaravana establecido en South Bend. Dawson apunta a las contracciones de la industria –la adquisición de Autocaravanas Heartland por parte de Thor por 209 millones de dólares, la fusión de Damon Motor Coach-Four Winds, así como el cierre de numerosas fábricas– y dice: «menos jugadores significa menos unidades producidas, menos unidades producidas significa menos trabajadores produciéndolas.»

Rembold conoce el ir y venir de la industria de la autocaravana demasiado bien. Ha vivido a su sombra durante la mayor parte de su vida laboral, incluyendo los 18 años con la Architectural Wood Company (AWC), un fabricante de componentes de madera para la decoración de autocaravanas establecido en Elkhart. Ha hecho mesas de madera a mano, cajetines para enchufes y la parte superior de los paneles de mando, normalmente a partir de roble o arce, con el acabado de barniz que da su brillo característico a los pianos Kimball o las guitarras Fender.

Pero en los años 90 y a comienzos del 2000, su cadena de trabajo parecía seguir el camino de la cinta de cassette. La industria de la autocaravana se estaba hundiendo. Los fabricantes de autocaravanas habían comenzado a reemplazar la madera por plásticos baratos y contrachapado de vinilo. (En una muestra de autocaravanas que visitamos, Rembold podía poner el pie dentro de una autocaravana y adivinar sólo por el olor si el fabricante había empleado madera real o no.) Los pedidos se desplomaron en AWC. A comienzos del 2006, la salud financiera de la compañía era tan endeble que el propietario, un buen amigo de Rembold, le dejó marcharse para buscar un trabajo mejor. Al poco tiempo fue la compañía misma la que echó el cierre.

Rembold entonces rebotó de un trabajo al otro: vendiendo coches y motocicletas de segunda mano, conduciendo una furgoneta de reparto, trabajando detrás de un vidrio de seis pulgadas a prueba de balas como cajero en un Check$mart. Volvió a trabajar por un breve período de tiempo en las autocaravanas, supervisando a los empleados que cosían las tiendas de campaña para los remolques, y entonces, el último invierno, lo intentó en una tienda de madera que intentaba salir adelante. Ese fue su último trabajo. Después de las vacaciones, nunca más volvieron a llamarle.

Como millones de personas que atraviesan la misma situación, Rembold sabe que sus oportunidades de encontrar un trabajo decentemente pagado haciendo lo que le gusta descienden con cada trabajo temporal que acepta. Lo que no puede poner en ningún modo en su currículo –y lo que más le frustra– es su capacidad de adaptación, si es que pudiera convencer al empresario de la misma. Con titulaciones o no, con certificados o no, siempre está dispuesto a emprender nuevos retos laborales. «¿Podría trabajar en la construcción? Joder, claro que podría hacerlo. Podría tomar las medidas en el sistema métrico, podría corregir los errores en los cortes, podría hacerlo todo. Lo único que no puedo es conseguir que alguien *deje* hacerlo.»

Mientras hablábamos, las fábricas de autocaravanas dejaron paso a un lozano paisaje de granjas y nos encontramos de pronto conduciendo a través de tierras de los amish, compartiendo tranquilas carreteras de dos carriles con carros tirados por caballos. A comienzos de la tarde entramos en la ciudad de Topeka (1.200 residentes), pasamos por delante de la tienda de suplementos agrícolas y estufas y la tienda de bricolaje Do-It Better. Entonces sonó el teléfono móvil de Rembold, una de esas raras interrupciones en nuestra conversación. Era su hija, Angie, de 28 años, la más joven de sus tres hijos.

Escuchó, luego se quitó las gafas de sol. «¿Qué *qué*?»

Angie dirigía el Check$mart de Goshen, un servicio de préstamos para el que Rembold trabajó en una ocasión, y se le daba bien su trabajo, según Rembold me había dicho poco antes. Ahora estaba agitada, hablando tan alto que podía entender algunos fragmentos de la conversación a través del ruido de la radio. Algo acerca de una paga extra que le debían y que no le habían pagado. Cuando Rembold colgó de manera abrupta, murmuró: «Jesús.»

Después, en el almuerzo en lo que parecía ser el único restaurante de todo Topeka, me explicó que Angie pensaba dejar su trabajo a causa del extra impagado. Después de una mañana entera hablándome sobre la pesadilla que suponía para él no tener trabajo, parecía aturdido. «Yo creía que había aprendido de mi situación. No creo que se de cuenta de lo que va a cambiar su vida.»

El trauma del desempleo de larga duración

Es duro, incluso para un desempleado de larga duración, darse cuenta de cómo puede cambiar de manera drástica la vida sin trabajo. Estudiando las recesiones anteriores, los investigadores a menudo se centran en el desplome de la industria del acero en Pennsylvania a finales de los setenta. Este desplome convirtió una región entonces floreciente en un paisaje de ciudades fantasma y fábricas con los postigos cerrados. Ochenta mil personas trabajaban en el acero en los cuarenta; en 1987 sólo quedaban 4.000.

En un estudio sobre los hombres trabajadores de Pennsylvania con cargos de responsabilidad se descubrió que la tasa mortalidad subió de un 50 al 100% tras el primer año posterior a la pérdida de empleo. La esperanza de vida de aquellos

despedidos después de los cuarenta se redujo de uno a un año y medio. A largo plazo, estos pennsylvanianos despedidos sufrieron de un 15 a un 20% de reducción en sus ganancias. Aquellos que más acusaron el golpe en términos de salario no fueron los trabajadores poco cualificados o las elites blancas altamente cualificadas, sino los trabajadores que habían conseguido forjarse con grandes esfuerzos un estilo de vida de clase media.

Los investigadores también descubrieron que las tasas de suicidio también se incrementan con el aumento del desempleo. (En el condado de Elkhart, cerca de donde vive Rembold, los suicidios han excedido la media anual en un 40% en el último año.)

La recesión de los ochenta en Pennsylvania no terminó pronto, sino que los investigadores económicos han descubierto que los efectos del desempleo de larga duración se extendieron más allá de los trabajadores directamente afectados. A corto plazo, por ejemplo, un niño cuyos padres pierden su trabajo tiene un 15% más de probabilidades de repetir curso en la escuela, según los economistas Ann Huff Stevens y Jessamyn Schaller de la Universidad de California-Davis. Esto es especialmente cierto para los niños con padres con una menor educación.

Durante toda su vida adulta, los niños de los padres desempleados ganan, de media, un 9% menos que los niños sin padres desempleados, y tienen también más posibilidades de recibir un seguro por desempleo y ayuda social en algún momento de su vida. Nuevas investigaciones también sugieren que los niños de padres despedidos podrían tener tasas menores de propiedad inmobiliaria y tasas más elevadas de divorcio.

«No estoy compitiendo con algún chaval salido de la universidad»

A comienzos de la tarde, Rembold y yo nos refugiamos en su oficina, una pequeña habitación en la entrada principal de su casa con un ordenador, dos mesas y montones de fotografías enmarcadas. Rembold abrió de la carpeta de su navegador etiquetada “empleo” y me guió a través de su rutina diaria de buscar trabajo vía Internet. Consulta a diario media docena de páginas de trabajo, aunque la mayoría de ofertas tienden a pagar solamente de 8 a 10 dólares la hora. Rechaza inmediatamente la mayoría de estas ofertas.

«¿Acaso no sería mejor eso que no tener ningún trabajo?», le pregunto.

Rembold tuerce el gesto. «No puedo permitirme vivir en mi casa casa con 8 ó 10 dólares la hora», me responde secamente. Ahora mismo sale del paso a base de cheques del subsidio de desempleo y gracias a una pequeña herencia de su madre que está menguando rápidamente y préstamos de miembros de su familia. Aún así, más bien sigue recorriendo virtualmente las bolsas de trabajo con la esperanza de encontrar algo que le ofrezca un salario con el que poder vivir. «Tengo una hipoteca que pagar, por el amor de Dios», me dijo. Las pocas ofertas que vio con un buen salario sin embargo implican trabajar a deshoras, turnos de noche hasta el amanecer, lo que significaría que prácticamente nunca vería a Terri, cuyo horario en la compañía de aluminio de Elkhart es de madrugada hasta media tarde.

Y después, que bajo el símbolo del dólar brilla algo diferente: la dignidad. A diferencia de su padre, Rembold nunca fue a la universidad, y él mismo no se considera muy apropiado para un oficio en el sector servicios. Pero sufre muy visiblemente por el hecho de que un hombre de 56 años con décadas de experiencia haya de competir con gente que tiene la mitad de su edad por trabajos mal pagados. Después de todo,

como operador de maquinaria recién salido del Instituto en White Farm Equpment ganaba 8'46 dólares la hora. Eso era en 1976. Ajustado el salario a la inflación, eso equivale hoy a 42'42 dólares. No es ninguna sorpresa que este hombre rechace darle la vuelta a las hamburguesas en un establecimiento de comida rápida o recortar setos por un salario de nueve dólares la hora.

Sus amigos le han sugerido que venda su casa y se traslade a algún sitio más pequeño y barato, quizás algo de alquiler durante una temporada, pero eso es la última cosa que Rembold quiere. De nuevo: es una cuestión de dignidad. Ya ha vendido una motocicleta y varios instrumentos musicales, y él y Terri ya no pueden irse de vacaciones como antes. Eso no quiere decir que Rembold viva ahora mismo como un monje. Todavía tiene una gran pantalla de televisión en el sótano, la colección de DVD y las consolas de videojuegos para cuando sus nietos le vienen a visitar, cosas que posee después de décadas de ganarse un buen dinero. «¿Por qué deberías abandonar tu hogar?», quería saber. «Es tan increíble para mí que ni siquiera quiero pensar sobre ello. Me niego rotundamente.»

¿Una generación perdida?

¿Qué hacer con gente como Rick Rembold? Como en la mayoría de debates económicos, la respuesta a esta cuestión divide a los economistas y políticos. En la izquierda están aquellos que hacen campaña para nuevos planes de ayuda a los norteamericanos desempleados, incluyendo otra extensión del subsidio por desempleo más allá de las 99 semanas actuales. (En épocas normales, los trabajadores despedidos reciben un subsidio por desempleo de 26 semanas.) Algunos demócratas en el senado esperaron extender el subsidio por desempleo otras 20 semanas hasta alcanzar las 119 semanas, un esfuerzo encabezado por el senador Debbie Stabenow (Michigan) y que finalmente fracasó la semana pasada debido a la oposición de los republicanos. El mismo campo apoya un “bono por re-empleo” satisfecho en una sola ocasión, un pago único que los trabajadores sin empleo recibirían en cuanto encontrasen trabajo, como recompensa a haber abandonado las estadísticas de desempleo.

Otra idea que gana adeptos en los círculos políticos es el “subsidio salarial”, por el cual el gobierno aportaría el suplemento salarial a los trabajadores contratados en trabajos con un salario menor al anterior. Tomemos a Rembold quien, en su juventud, ganaba 25 dólares la hora. Dice que no puede vivir con un trabajo de 10 dólares la hora, pero si subiese a 12 ó 15 dólares la hora gracias a los subsidios del gobierno, quizá estaría mucho más interesado.

Voces más conservadoras creen que recortar los beneficios a los desempleados –un trago amargo, sin ninguna duda– forzará a la gente a volver al mercado de trabajo. Los Rembolds de los Estados Unidos de América pelearán más duro y aceptarán estos trabajos mal pagados casi sin pensárselo. Por supuesto, quienes no sean capaces de encontrar trabajo de ninguna manera serán abandonados a su suerte sin ninguna red de seguridad. Es más, el coste de estos recortes costaría mucho más dinero a los contribuyentes, según apuntan los economistas, porque sin ningún subsidio, los desempleados pueden optar por abandonar la búsqueda de trabajo y ponerse a la cola de los programas de ayuda para discapacitados o de cualquier otro tipo.

Idealmente, por supuesto, empleadores y gobierno deberían evitar los despidos masivos juntos. Una opción a veces sugerida sería la de un programa de “trabajo compartido”. Imagínese una fábrica de 100 trabajadores con un jefe que busca reducir costes. En vez de despedir a 25 trabajadores, reduciría las horas de empleo de todos sus trabajadores un 25%. El gobierno intervendría entonces para llenar el vacío

salarial. Piénsese como equivalente de recoger el subsidio por desempleo antes de ser despedido, una medida preventiva para evitar el trauma –de salario, salud y familia– que supone perder el trabajo.

Ninguno de estos planes parece que vaya a aplicarse a corto plazo, lo que es de poco consuelo para los desempleados de larga duración como Rembold. Por desgracia, hay pocas soluciones probadas a su situación. Los programas de cursos para la reconversión de los trabajadores sin empleo son el último grito estos días, promocionados por el secretario de educación Arne Duncan, el secretario del tesoro Tim Geithner y el presidente Obama como transición a una nueva línea de trabajo. Pero un estudio de 2008 comisariado por el departamento de trabajo encontró que había pocos o ningún beneficio para los 160.000 trabajadores que pasaron por estos cursos, llegando a la conclusión de que «los beneficios últimos de la participación son muy pequeños o inexistentes.»

Al final, enfrentándose una economía que puede que nunca genere en la misma cantidad el tipo de trabajos de "clase media" a los que Rembold estaba acostumbrado, puede que lo que estemos viendo sea la creación de una gris clase de desempleados (o sub-empleados) crónicos, una genuina generación perdida que nunca se recuperará de la recesión de 2008. Como escribieron recientemente Mike Konczal y Arjun Jayadev del Roosevelt Institute, un *think-tank* de tendencias izquierdistas, es más probable que los trabajadores desempleados de hoy abandonen la fuerza de trabajo antes de que encuentren uno, algo sin precedentes en cuatro décadas de datos y estadísticas. «Estos trabajadores necesitan una intervención específica», concluyen, «antes de que se pierdan por completo para el mercado laboral normal.»

«Todo lo que necesito es una oportunidad»

Me di cuenta por primera vez del tic de Rembold el domingo, mi último día en Indiana. Como salido de la nada, sin que yo le dijera nada, de repente decía cosas como: «solamente quiero un trabajo» o «todo lo que necesito es una oportunidad» o «quiero trabajar, hacer cosas con mis manos.» Ha estado llenando los silencios de nuestras conversaciones con estos pequeños estallidos, síntomas, supuse, de preocupación y ansiedad que nunca le abandonaban. Por eso le llamé por teléfono algunas semanas después de mi visita, esperando oír buenas noticias.

Y las había, a su manera. Angie, su hija, había decidido continuar en Check$mart, para su alivio. Pero para él las buenas noticias eran más escasas que nunca. «Está uno de mis vecinos», me dijo, «es el hijo de un encargado de sección en Waltart, así que va a ver si tiene algo para mí.» También me habló de un fabricante de cables y conexiones electrónicas con vacantes en Bremen, media hora en dirección sur. Es la tercera vez que se presenta a este trabajo en lo que va de año. Pero esta vez tenía pensado ir, entrar en la tienda y preguntar por el entrevistador que nunca tuvo. «Quiero decir, ¿qué tengo que hacer para ver a alguien de una vez por todas?», me preguntó.

El tiempo no juega a favor de Rembold. A diferencia de los ahora famosos 99ers, los tipos que han recibido cerca de dos años el subsidio de desempleo, el suyo expirará en algún momento este invierno a medida que se aproxima a la marca de la semana 99. No sabe con seguridad lo que hará si no encuentra trabajo. Quizá coger uno de esos trabajos de 8 dólares la hora, después de todo. Por ahora, sin embargo, sigue consultando, cada mañana, un día y otro también, las bolsas de trabajo, enviando currículos y cartas de motivación, poniendo en marcha su Suzuki y siguiendo pistas.

Le pregunté si todavía tenía alguna esperanza de que en algún momento saltara la buena noticia. «La verdad: no lo sé», me contestó. «Si no lo intentas, nunca lo sabrás.»

Andy Kroll es reportero en la redacción de Washington de la revista *Mother Jones* y colabora regularmente en TomDispatch.

Traducción para www.sinpermiso.info: Àngel Ferrero

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una DONACIÓN o haciendo una SUSCRIPCIÓN a la REVISTA SEMESTRAL impresa.

Tomdispatch, 5 de octubre de 2010